



# El insomnio

*Juan David Restrepo\**

“Y el cuervo nunca emprendió el vuelo. Aún sigue posado, aún  
sigue posado en el pálido busto de Palas.  
En el dintel de la puerta de mi cuarto.  
Y sus ojos tienen la apariencia de los de un demonio  
que está soñando. Y la luz de la lámpara que sobre él se derrama tiende  
en el suelo su sombra. Y mi alma, del fondo de esa sombra  
que flota sobre el suelo,  
no podrá liberarse. ¡Nunca más!”  
Edgar Allan Poe. *El cuervo*.

Todo empieza con una leve muerte a tempranas horas de la noche. Es entonces, cuando todavía se escucha pasar la ruta Laureles por la carrera 65A y el murmullo de las señoras que están comprando la bolsa de leche para el desayuno del otro día, que la mente se encuentra en paz, tranquila, obvia el miedo de la oscuridad y se rinde ante el cansancio del día que acabó de pasar.

---

\* Estudiante de séptimo semestre de Filosofía y de primer semestre de Estudios Literarios de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín).  
Correo electrónico: [juan186405@gmail.com](mailto:juan186405@gmail.com)

Artículo recibido el 9 de agosto de 2013 y aprobado para su publicación el 18 de octubre de 2013.

Es una muerte oscura, no hay sueños, solo “nada”, de pronto sudor por el calor, de pronto saliva que se escapa de la boca, pero nada más. Los ojos se cierran solos mientras la imagen del televisor se divide en dos, y se pierde todo. Es el tipo de ignorancia que más me gusta: es el cuerpo diciéndole a la mente que deje de joder, que se quede callada y que deje descansar. Ésta, distraída con la paz del momento, permite tal acto. Es un breve paraíso, pero no del que nos incumbe hablar hoy. Se va a las 9 pm, y cuando en el reloj digital se marcan las 10:35 o las 10:46 pm, todo vuelve.

Es el más cruel de los despertares porque no es deseado. Uno quisiera que todo hubiese seguido así hasta las 7 am, cuando el 192 hace más bulla y el leve golpecito de las cabecitas dormidas contra el vidrio, en el bus, obligan a los párpados a subir y bajar dos veces. Un estiramiento de extremidades y el día empieza fresco, con una sonrisa, una meta o al menos, tan siquiera, un anhelo.

Se vuelve entonces a la noche: la tienda cerrada, la calle vacía, el crujido de los murciélagos afuera de la ventana, la papayera de los grillos que nunca dejan pasar una noche en vano, y allí comienza el terror, ese horrible paraíso de ecos y pensamientos injustificables. Lo primero que uno hace es envidiar a la gente buena, a esa gentucha a la que les espera un plato caliente, una novela encarretadora y una cama que cumple lo que promete, un descanso; a nosotros, los malditos, nos espera una nevera vacía, una casa fría, y programas de televisión que uno termina por odiar, porque carece de situaciones interesantes, besitos, abrazitos y todo lo demás.

Los que somos profesionales en el tema y tenemos buena experiencia en el campo del agotamiento, pasamos el día como muertos vivientes. Se ríe, se charla, se almuerza y se habla de banalidades; la mente disimula con ignorancia el hecho de que la noche es inevitable. Empieza el miedo, y aquellos que filosofamos sobre el existencialismo, sabemos que al despertar le estamos quitando tiempo a la vida, para nosotros no hay un nuevo amanecer, sino, más bien, una última oportunidad para hacer algo, y lo peor de todo es que, poco a poco, éstas se nos van acabando; ¡y qué horrible pensar en aquella gente que fija fechas en el futuro, que maldice el presente porque necesita que llegue ese día imaginario! Son suicidas implícitos, llamando a la muerte de la misma forma que el pobre llama a la riqueza y el rico a la felicidad. La imaginación se agudiza hasta el punto en que el cuerpo se convierte en un pozo, donde cada saliva que se desliza por la garganta se asimila a una piedra que cae y en su descenso va golpeando cada pared, manifestando la extrañez de la vida y

la complejidad del cuerpo, haciendo sentir cada vértebra, órgano, para luego, cuando pega en el agua, crear ondas físico/mentales en nuestra existencia.

Es la hora cuando donde salen a bailar los demonios. Se les oye hablar, se les oye la burla, ¡y he aquí que empieza el miedo! Droga del cerebro, motor de la sociedad, razón de búsqueda de la fe; inseguridad que lentamente se va dejando atrapar por la solemne oscuridad del crepúsculo. Este, paraíso oscuro, no es el edén del optimista, del que persigue el sol, el cielo azul y el césped verde. Divina comedia, esta la del insomnio, donde cada hora que pasa es un círculo distinto del infierno, cada sensación una tortura satánica, y justo cuando la mente ya no es capaz de resistir más y decide buscar el sueño, al cerrar los párpados, aparece en toda su majestuosidad el diablo, disfrazado en mareos, en sudor, ansiedad, desesperación, manejando la mente del prisionero como un ventrílocuo maneja la boca de su marioneta. Se puede huir, pensar en sexo, en música, bonitos recuerdos, pero en últimas se llega al mismo abismo, donde en la oscuridad de la caída se encuentra la única salida, una luz, el televisor, un programa cualquiera, se vuelve a la realidad, fuertes palpitaciones, respiración acelerada, una cama bien tendida, una cobija caliente, un cuerpo frío, una mente profundamente aterrada.

Al fondo se escucha el traqueteo de la nevera, en la ventana el viento que golpea, y se está ahí, aterrado de la realidad, temerario al sueño, en un limbo emocional, alimentando esas ojeras, ese placer que hay en esa irrealidad momentánea. La mente, no obstante, sigue con su pelea, y si llega el sueño, llega con pesadillas, momentos lúcidos de pánico, de representaciones simbólicas de nuestros más profundos miedos, y si se tiene la suerte de que la pesadilla sea larga, al volver a la realidad, ya habrá luz de día, el vacío en el estómago de que vendrá un día muy largo, y la desazón de que, cuando vuelva la noche, todo, absolutamente todo, empezará de nuevo, y no habrá tranquilidad ¡nunca más!